

Yo fui el primero de la reserva en conducir un descapotable. Y, por supuesto, era rojo, un Oldsmobile rojo. Era dueño de ese coche junto con mi hermano Stephan. Ambos éramos los dueños hasta que sus botas se llenaron de agua en una noche ventosa y él me compró mi parte. Ahora Stephan es el propietario de todo el coche, y su hermano pequeño Marty (es decir, yo) va caminando a todas partes.

¿Cómo logré ganar el dinero suficiente para comprar mi parte en un primer momento? Mi único talento ha consistido siempre en saber ganar dinero. Tengo ese don, algo nada habitual en un chippewa y todavía menos en mi familia. Desde siempre he tenido esa peculiaridad, y todo el mundo lo reconoce. Por ejemplo, fui el único crío al que dejaron pasar a las dependencias de la American Legion [organización de veteranos de las dos guerras mundiales] de Rolla para limpiar botas, y una Navidad vendí estampas religiosas puerta a puerta para la misión. Las monjas dejaron que me quedara con un porcentaje. Así que, una vez que empecé, parecía que cuanto más ganaba, más fácil me venía el dinero. Todo el mundo me jaleaba. Cuando cumplí quince años, conseguí trabajo fregando platos en el Joliet Café, y fue entonces cuando tuve mi primer golpe de suerte.

Muy pronto me ascendieron a camarero; luego la cocinera de comidas rápidas renunció y me contrataron para ocupar su puesto. En menos de lo que canta un gallo llegué a gerente del Joliet. El resto es historia. Estuve dirigiendo el negocio durante un tiempo. Rápidamente me convertí en copropietario y, por supuesto, ya no hubo forma de pararme. No pasó mucho tiempo hasta que todo fue mío.

Cuando el Joliet llevaba ya un año siendo mío, ardió. El negocio entero. Yo solo tenía veinte años. Lo tenía todo y todo lo perdí, visto y no visto; pero antes de perderlo, habían venido a cenar todos y cada uno de mis parientes, así como los parientes de mis parientes, y también me había comprado ese Oldsmobile rojo al que me he referido, junto con Stephan.

¡Recuerdo la primera vez que lo vimos! Os contaré cómo fue esa primera vez. Alguien nos había llevado a Winnipeg y ambos teníamos dinero. No me preguntéis por qué, ya que ninguno de los dos había hablado de coches ni de nada, simplemente llevábamos todo nuestro dinero encima. El mío era en efectivo: un enorme fajo de billetes. Stephan tenía dos cheques: la paga de una semana extra por su despido y el talón habitual de la fábrica de cojinetes de joyas.

El caso es que estábamos caminando por Portage, visitando la ciudad, cuando lo vimos. Allí estaba, aparcado, real como la vida misma. De verdad, parecía estar vivo.

Acudió a mi cabeza la palabra «descanso», porque el coche no estaba parado, aparcado o lo que fuera, sin más. El coche descansaba, sereno y resplandeciente, con un cartel de SE VENDE en la ventanilla izquierda delantera. Entonces, antes siquiera de que nos lo pensáramos un poco, el coche pasó a ser nuestro y nuestros bolsillos quedaron vacíos. Teníamos el dinero justo para la gasolina de vuelta a casa.

Fuimos a un montón de sitios en ese coche Stephan y yo. Cobré algo de dinero del seguro por el incendio y estuvimos todo un verano viajando de acá para allá. No podría decir todos los lugares a los que fuimos. Salimos hacia el río Little Knife River y Mandaree en Fort Berthold, y de algún modo aparecimos en Wakpala y, después, no sé cómo, en Montana en la reserva de los Rocky Boys, y eso que no había pasado ni la mitad del verano. Hay quien se fija en los detalles cuando viaja, pero nosotros no nos preocupamos por esas menudencias y simplemente vivimos el día a día de un lado para otro.

Lo que sí recuerdo es que había un lugar con sauces; en cualquier caso, me tumbé bajo esos árboles y me sentí a gusto. Tan a gusto. Las ramas descendían a mi alrededor a modo de una carpa o un establo. Y silencioso, era silencioso, aunque había un baile lo bastante cerca como para verlo. Aquel día, el aire no era demasiado sofocante ni soplaba demasiado fuerte. Cuando la tierra se levanta y envuelve a los bailarines de esa manera, me siento bien. Stephan se había dormido. Más tarde, despertó y seguimos el viaje. Nos hallábamos en alguna parte de Montana, quizá en la reserva Blood; podría ser cualquier sitio. En fin, fue allí donde conocimos a la chica.

Tenía todo el pelo recogido en moños alrededor de las orejas, fue lo primero en que me fijé. Estaba junto a la carretera con un brazo extendido, así que nos detuvimos. Era bajita, tanto que su camisa de leñador resultaba cómica en ella, como un camión. Llevaba vaqueros y unos mocasines adornados, y sujetaba una pequeña maleta.

—Sube —dijo Stephan. Y la chica se sentó entre los dos.

—Te llevaremos a casa —dije—. ¿Dónde vives?

—Chicken —respondió.

—¿Y eso por dónde queda? —le pregunté.

—En Alaska.

—Vale —dijo Stephan. Y arrancamos.

Fue llegar y no querer marcharnos nunca. Allí el sol no se pone del todo en verano y las noches se parecen más a un suave crepúsculo. Puede que dormites a veces, pero antes de darte cuenta ya estás de nuevo en pie, como un animal en la naturaleza.

Nunca se siente la necesidad de dormir profundamente ni de olvidarse del mundo. Y allí todo crece. Donde solo hay tierra o musgo, al día siguiente todo son flores y hierbas altas. La familia de la chica se encariñó con nosotros. Nos dieron de comer y nos abrieron las puertas de su hogar. Plantamos nuestra tienda junto a su casa y los niños entraban y salían de allí tanto de día como de noche.

Una noche, Suzy (la chica tenía otro nombre muy largo, pero la llamaban por el diminutivo, Suzy) vino a vernos. Nos sentamos en círculo en la tienda y hablamos de todo un poco. Para aquel entonces la oscuridad se había vuelto más profunda y el frío incluso más intenso. Le dije a Suzy que ya era hora de que nos marcháramos. Se puso de pie en una silla y dijo:

—Nunca habéis visto mi pelo.

Era cierto. Se había subido a una silla, y sin embargo, cuando se soltó los moños, el pelo llegó hasta el suelo. Abrimos los ojos como platos. Era imposible imaginarse la cantidad de pelo que tenía cuando lo llevaba recogido tan pulcramente. Entonces, Stephan hizo algo gracioso. Se acercó a la silla y le dijo:

—Súbete a mis hombros.

Ella le obedeció y su pelo alcanzó más allá de la cintura de Stephan, que se puso a dar vueltas y vueltas, de modo que la cabellera flotaba de un lado a otro.

—Siempre quise saber cómo sería tener una bonita y larga melena —soltó Stephan.

Nos echamos a reír. Era una imagen graciosa verlo hacer eso. A la mañana siguiente nos levantamos y nos despedimos.

Adonde la hierba es más verde, como quien dice. Bajamos por Spokane y cruzamos Idaho y luego Montana, y muy pronto nos encontramos echando una carrera al mal tiempo bordeando la frontera con Canadá a través de Columbus, Des Lacs. Después entramos en el condado de Bottineau y enseguida estuvimos de vuelta en casa. Aquel verano hicimos la mayor parte del viaje sin poner la capota del coche ni una sola vez. Y resultó que llegamos a casa justo a tiempo de que el Ejército le recordara a Stephan que se había alistado.

No me extraña que el Ejército se alegrara tanto de contar con Stephan, que lo convirtió en un marine. Además estaba hecho como una letrina de ladrillo. Nos gustaba meternos con él y decirle que en realidad lo querían por su nariz de indio. Tenía una nariz grande y afilada como un hacha, una nariz como la de Tomahawk Rojo, el indio que mató a Toro Sentado y cuyo perfil aparece en todos los carteles de todas las carreteras de Dakota del Norte. Stephan se marchó al campo de entrenamiento, estuvo en casa por Navidad, y lo siguiente que supimos de él fue por una carta suya

escrita desde el otro lado del océano. Era 1968, y estaba destinado en Khe Sanh. Le escribí varias veces. Le daba noticias del coche. La mayor parte del tiempo estaba sobre unos bloques de madera en el patio o medio desmontado, porque aquel largo viaje lo había estropeado bastante aunque, todo hay que decirlo, se portaba de maravilla cuando lo necesitábamos.

Transcurrieron al menos dos años antes de que Stephan regresara a casa. No quisieron recuperarlo durante un tiempo, supongo, así que se quedó con nosotros después de Navidad. Durante esos dos años, yo había puesto el coche a punto y estaba casi como nuevo. Siempre pensaba en él como su coche, mientras estaba fuera, aunque cuando se marchó, me dijo:

—Ahora es tuyo.

Y me lanzó las llaves.

—Gracias por la llave de repuesto —le contesté—. La guardaré en tu cajón por si acaso la necesito.

Se echó a reír.

Cuando volvió a casa, sin embargo, Stephan no era el mismo, y añadiré que el cambio no fue para bien. Tampoco cabía esperar que cambiase a mejor, lo sé. Pero estaba callado, muy callado, y no podía quedarse quieto sentado tranquilamente en ningún sitio; siempre estaba moviéndose de un lado para otro. Yo recordaba las veces en que nos quedábamos sentados durante tardes enteras, sin mover un músculo, tan solo cambiando nuestro peso de un lado a otro, charlando con quienquiera que se sentara con nosotros y mirando a nuestro alrededor. Entonces él siempre soltaba alguna broma, pero ahora era imposible hacerlo reír, o cuando se reía, parecía más el sonido de un hombre ahogándose, un sonido que helaba la risa en la garganta de aquellos que lo rodeaban. Terminaron por dejarlo solo la mayor parte del tiempo y no se les podía reprochar. Era un hecho, Stephan se mostraba nervioso e irascible.

Yo había comprado una televisión en color para mi madre y los chicos mientras Stephan estuvo fuera (el dinero seguía llegando con facilidad). Sin embargo, me arrepentí de haberla comprado por Stephan, y también lamenté haberla comprado en color porque en blanco y negro las imágenes parecían más antiguas y lejanas, pero ¿qué se le va a hacer? Él se sentaba delante, mirándola, y ese era el único momento en que se quedaba totalmente quieto. Pero era el mismo tipo de quietud que uno detecta en un conejo cuando se queda petrificado justo antes de echar a correr. No estaba a gusto. Se sentaba en su sillón y se aferraba a los brazos con todas sus fuerzas, como si la butaca se estuviese moviendo a toda velocidad y temiese, si se soltaba, salir disparado como un cohete y estrellarse contra el televisor.

Una vez me encontraba en la misma habitación que él y oí cómo sus dientes mordían algo. Lo miré y vi que se había mordido el labio. La sangre le caía por la barbilla. Os aseguro que en ese instante me entraron ganas de romper el aparato en mil pedazos. Me acerqué, pero Stephan debió de suponer lo que me disponía a hacer. Se abalanzó desde el sillón y me apartó de un golpe, contra la pared. Me convencí de que no sabía lo que hacía.

Mi madre llegó, apagó el televisor con toda tranquilidad y nos dijo que había preparado algo de cena. Así que nos fuimos y nos sentamos a la mesa. La sangre seguía cayendo por la barbilla de Stephan, pero él no reparaba en ella y nadie lo mencionó, aunque cada vez que daba un bocado a su trozo de pan, este se manchaba con su sangre y él acababa tomándose su propia sangre mezclada con comida.

Cuando Stephan no andaba cerca, hablábamos de lo que iba a ser de él. No había médicos indios en la reserva, ni hechiceros, y mi madre tenía miedo de que, si lo trasladábamos al hospital, lo dejaran ingresado.

—Además, jamás conseguiríamos llevarlo hasta allí —dije—, así que más vale olvidarlo.

Entonces pensé en el coche. Stephan ni siquiera lo había mirado desde su regreso, aunque, tal y como ya he contado, se encontraba en un estado inmejorable y listo para que lo condujesen.

Una noche en que Stephan había salido a algún sitio, cogí un martillo. Fui hasta el automóvil y le hice un montón de cosas en los bajos. Lo golpeé. Doblé el tubo de escape. Desprendí el silenciador. Para cuando hube acabado con él, tenía peor aspecto que el de cualquier típico coche indio que se ha pasado toda la vida recorriendo las carreteras de la reserva, que están (como suele decirse) como las promesas del Gobierno: llenas de agujeros. ¡Me dolió hacerlo, os lo juro! Eché tierra en el carburador y arranqué toda la cinta aislante de los asientos. Lo dejé tan desvencijado como pude. Luego esperé a que Stephan lo viera.

Aun así le costó más de un mes darse cuenta. No importó, porque ya comenzaba a hacer más calor, sin que por ello la nieve se derritiera, para poder trabajar al aire libre, cuando reparó en ello.

—Marty —dijo un día al entrar en casa—, ese coche rojo está hecho una mierda.

—A ver, está viejo —respondí—. ¿Qué te puedes esperar?

—¡De eso nada! —dijo Stephan—. ¡Es una joya de coche! Pero vas tú y lo revientas, Marty, y sabes que no se merece eso. Yo tenía ese coche en perfecto estado. Tú no lo recuerdas. Eres demasiado joven. Pero cuando me marché, ese coche iba como la seda. Ahora no sé si seré capaz de hacerlo arrancar siquiera, ya ni hablemos de volver

a dejarlo como antes.

—Vale, adelante, inténtalo —dije, fingiéndome cabreado—, pero para mí que no es más que un montón de chatarra.

Después, salí antes de que cayera en la cuenta de que había pronunciado más de seis palabras seguidas y que yo me había percatado de ello.

Después de aquello, creí que se moriría de frío trabajando en ese coche. Se pasaba el día allí fuera y, por la noche, improvisaba una lámpara, pasando un cable por la ventana, para alumbrarse mientras trabajaba. Estaba mejor que antes, lo que no era mucho decir. Le costaba menos hacer las mismas cosas que hacíamos nosotros. Comía más despacio y no se levantaba una y otra vez durante las comidas para ir a buscar cualquier cosa o mirar por la ventana. Yo había metido mano en la parte trasera del televisor, lo confieso, manipulándolo a conciencia, de modo que era casi imposible lograr una imagen nítida. Ya no lo miraba muy a menudo. Siempre andaba fuera con el coche o yendo a buscar repuestos. Para cuando comenzó en serio el deshielo, ya lo había reparado.

En aquella época yo tenía el ánimo por los suelos a causa de Stephan. Antes siempre andábamos juntos. Stephan y Marty. Pero ahora se había vuelto tan huraño que no sabía cómo tomármelo. Así que no dejé pasar la oportunidad un día que él se mostró más simpático. No es que sonriera ni nada. Solo dijo:

—Vamos a dar una vuelta en ese trasto.

Pero la manera en que lo dijo me hizo pensar que quizá se estaba recuperando.

Nos dirigimos al coche. Era primavera. El sol brillaba con fuerza. Bonita, mi hermana pequeña, nos hizo posar juntos para una foto. Él apoyó el codo en el parabrisas del coche rojo y con el otro brazo me rodeó el hombro, con sumo cuidado, como si le pesara mucho y no quisiera dejar caer todo el peso de golpe.

—Sonreíd —dijo Bonita. Y sonrió.

Esa fotografía. Ya no la miro nunca. Hace unos meses, no sé muy bien por qué, saqué su retrato y lo clavé con chinchetas en la pared. Entonces me sentía bien con Stephan, cerca de él. Me gustaba tener su foto en la pared hasta una noche en que yo estaba viendo la televisión. Estaba algo borracho y colocado. Levanté los ojos hacia la pared y Stephan me estaba mirando. No sé cómo explicarlo, pero su sonrisa había cambiado. O quizá había desaparecido. Lo único que sé es que no pude permanecer en la misma habitación que esa imagen. Me puse a temblar. Tuve que levantarme, cerrar la puerta e ir a la cocina. Un poco más tarde llegó mi amigo Rayman y juntos volvimos a la habitación. Metimos la foto en una bolsa que doblamos una y otra vez antes de dejarla

en el fondo de un armario.

Todavía veo esa fotografía, como si me tirase de la manga, cuando paso junto a la puerta de ese armario. Aparece muy nítida en mi mente. Aquel día hacía tanto sol que Stephan tuvo que entrecerrar los ojos. O quizá la cámara de Bonita lanzó un destello como un espejo, cegándolo, antes de sacar la fotografía. Mi cara sale a pleno sol, enorme y redonda. Pero es posible que él retrocediera un poco porque las sombras en su rostro son profundas como pozos. Hay dos sombras curvas como dos pequeños ganchos en los extremos de su sonrisa, como si quisieran enmarcarla o retenerla: esa primera y única sonrisa suya que más bien parecía una mueca de dolor. Va vestido con su chaqueta militar y con la ropa desgastada con la que había vuelto y que seguía poniéndose desde entonces. Después de que Bonita sacara la fotografía y entrara en casa, nos subimos al coche. Llevábamos una nevera llena en el maletero. Pusimos rumbo al este, hacia Pembina y el río Rojo, porque Stephan dijo que quería ver la crecida del río.

El viaje hasta allí fue espectacular. Cuando todo comienza a cambiar, a secarse y a clarear, te sientes tan bien como si tu vida empezara de nuevo. Y Stephan también sintió lo mismo. Habíamos bajado la capota y el coche zumbaba como una peonza. Lo había dejado como nuevo, incluso las cintas en los asientos estaban pegadas con mimo y en varias capas. No es que volviera a sonreír ni bromeara ni nada mientras conducíamos, pero me pareció que tenía un gesto más relajado y sereno. Daba la impresión de no estar pensando en nada especial, tan solo en los campos vacíos, las hileras de árboles y las casas que desfilaban ante nosotros.

El río estaba crecido y cargado de desechos del invierno cuando llegamos. Todavía hacía sol, pero corría un aire más fresco junto al río. Aún se veían montoncillos de nieve sucia aquí y allá en las riberas. El agua no había inundado los márgenes todavía, pero lo haría, era evidente. Estaba al límite, las aguas bravas brillaban como una vieja cicatriz gris. Encendimos una hoguera y nos sentamos a contemplar la corriente. Mientras miraba, noté que algo se tensaba dentro de mí, se aflojaba e intentaba soltarse, todo a la vez. Supe que no era una sensación propia; comprendí que estaba sintiendo lo que Stephan experimentaba en ese momento. Solo que Marty no podía soportar esa sensación. Me levanté de un salto. Agarré a Stephan por los hombros y me puse a zarandearlo.

—¡Despierta! —le grité—. ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Despierta!

No sé qué se apoderó de mí.

Volví a sentarme a su lado. Stephan tenía el rostro lívido y duro como una roca. Y entonces se quebró, al igual que revientan las piedras de golpe cuando el agua hierve en su interior.

—Lo sé —dijo—. Lo sé. No puedo evitarlo. Es inútil.

Empezamos a hablar. Dijo que sabía lo que yo había hecho con el coche. Era evidente que se lo había destrozado a propósito y no por culpa de un descuido. Dijo que quería darme el coche para siempre; que así no servía de nada. Dijo que lo había reparado solo para entregármelo y que yo debía aceptarlo.

—No —repongo—. No lo quiero.

—Está bien —dice—. Cógelo.

—Pero no lo quiero —objeto y luego, para dar más fuerza a mis palabras, solo para darle más fuerza, os lo juro, le pongo la mano en el hombro. Me la aparta de un manotazo.

—Coge ese coche —insiste.

—No —digo—. Oblígame a hacerlo.

Entonces me agarra de la chaqueta y me arranca una manga. Me vuelvo loco y lo empujo hacia atrás, y hago que se caiga del tronco. Se pone en pie rápidamente y se abalanza sobre mí. Rodamos por el suelo enganchados uno con otro, nos levantamos y la emprendemos a golpes, a puñetazo limpio, con ganas. Me lanza un directo a la mandíbula con tal fuerza que creo que se me ha desencajado. Entonces arremeto contra sus costillas y le propino un buen golpe debajo del mentón que hace que eche la cabeza hacia atrás. Está noqueado. Me mira y lo miro, y entonces se le inundan los ojos de lágrimas y sangre, y al principio creo que está llorando. Pero no, se está riendo.

—¡Ja, ja! —hace—. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuídalo mucho!

—Vale —respondo—. Vale, no hay problema. ¡Ja, ja, ja!

No puedo evitarlo y yo también me echo a reír. Tengo la impresión de tener la cara hinchada y extraña. Al cabo de un rato, saco una cerveza de la nevera portátil del maletero y, cuando se la ofrezco a Stephan, se coge la camisa para limpiar mis gérmenes.

—Fiebre aftosa —dice.

Por alguna razón, me desternillo de risa, de modo que durante un buen rato nos reímos a carcajadas, y después terminamos con todas las cervezas, una tras otra, arrojando cada lata al río para ver hasta dónde las lleva la corriente antes de llenarse de agua y hundirse.



—¡Soy un indio! —grita al cabo de un tiempo.

—¡Uh! ¡Estoy en el sendero del amor! ¡Estoy buscando el amor!

Pienso que ha vuelto el Stephan de antes. Se yergue de repente y comienza a sacudir las piernas, como un bailarín tradicional. Lo que hace está a medio camino entre la danza de la grulla y el salto de un conejo, no se parece a ninguna danza que ni yo ni nadie haya visto antes en esta verde tierra. Se vuelve loco. ¡Quiere armar jaleo! Está frenético. Yo no paro de reírme, tan fuerte que se me hacen nudos en el estómago.

—¡Tengo que refrescarme! —grita de pronto.

Sale corriendo hacia el río y se tira al agua.

La corriente arrastra tablas de madera y más cosas. La crecida del agua es enorme. No se oye el menor sonido procedente del río después de que se haya zambullido, así que me precipito hacia la orilla. Miro a mi alrededor. Está oscuro. Lo veo ya en medio del cauce y sé que no ha llegado allí nadando sino arrastrado por la corriente. Está lejos. Oigo su voz, no obstante, muy clara por encima del agua.

—Se me están llenando las botas de agua —dice.

Lo dice con voz tranquila, como si acabara de reparar en ello y no supiera qué pensar. Después, desaparece. Pasa una rama. Luego otra. Para cuando salgo del río y me suelto del tronco al que me he agarrado, el sol ya se ha puesto. Camino hasta el coche, enciendo los faros y acerco el descapotable hasta la orilla. Meto primera y quito el pie del embrague. Salgo del coche, cierro la puerta y observo cómo se abre camino dentro del río. Las potentes luces hienden el agua a medida que se va sumergiendo mientras buscan, todavía encendidas después de que el agua haya engullido la parte trasera. Al final todo es oscuridad. Luego solo queda el agua y el murmullo del agua que va y corre, va y corre y sigue corriendo.